

Por Magdalena GONZALEZ CASILLAS.

Los maestros (3)

Jorge Navarro

**E**S EL TERCERO Y último de los Directores de la Escuela de Artes Plásticas a los que se referirán estos Apuntes. Navarro, junto con Martínez y "Caracalla", reúne las tres cualidades que buscaba yo para seleccionar a los directores de esta serie: es maestro de varias generaciones y posee una larga trayectoria en el campo de la producción pictórica, además de haber tenido en sus manos la Dirección de la Escuela —y en el caso de Navarro, de dos Escuelas...—

Nació en Guadalajara el 24 de noviembre de 1922. Su interés por la pintura lo condujo al Taller que el Maestro "Caracalla" había instalado en el Edificio Mosler y al que había bautizado con el nombre de "Evolución". Era el año de 1936; Navarro estaba próximo a los catorce años y el costo mensual en el *atelier* era de cinco pesos por alumno. Poco después, el taller pasó al Edificio Universidad, en Juárez y Colón. Se pintaba de todo; con preferencia óleos, basados en temas muy generales que iban desde el bodegón hasta el desnudo.

En esos mismos años, Navarro ingresó a la Escuela Politécnica de la Universidad de Guadalajara para iniciar el estudio de Ingeniería Mecánico-Eléctrica que, en 1941, continuó en la ciudad de México, en las aulas del Politécnico Nacional.

Para 1947, la dolorosa pérdida de su madre lo obligó a retornar al solar nativo y su inquietud vocacional lo llevó a retomar los pinceles, ahora junto a Ricardo Baeza, que por entonces se hallaba en su mejor momento y había instalado su taller en el Edificio Lutecia.

Navarro fue y vino ese mismo año a la ciudad de México; llevó a los Estados del norte una película filmada en el Politécnico e intentó continuar sus estudios cuando descubrió que ya no le interesaban, que le importaba seguir pintando y que en el quehacer pictórico iba encontrando su propio camino.

Por lo pronto se instaló en el *Atelier Lutece* —como irónicamente le llamaban—, donde, junto a Ricardo Baeza, se reunía el "Grupo de Pintores Independientes" y el de "Pintores Jóvenes de Jalisco". Su tema principal era, en aquel tiempo, la muerte.

En 1949, se montó una exposición en el Círculo Francés, con obras de Ricardo Baeza, Gabriel Portillo —quien posteriormente se fue a Colima—, de Julio Vidrio —hijo de Joaquín, también pintor— y de Jorge Navarro, entre otros. La segunda exposición del mismo "Grupo" se efectuó en el mezzanine del Edificio Barreto, fue propiciada por el Gobierno del Estado y ofreció *Tres siglos de pintura jalisciense*, por lo que llevó tan significativo nombre. En ella hubo pinturas de artistas coloniales neogallegos, como Ibarra y Diego de Cuentas, hasta alcanzar a los más jóvenes del momento, como era el caso de Navarro. Se incluyó asimismo a dos damas: María de la O Fernández y Lola de la Mora, la exposición tuvo efecto en marzo de 1951.

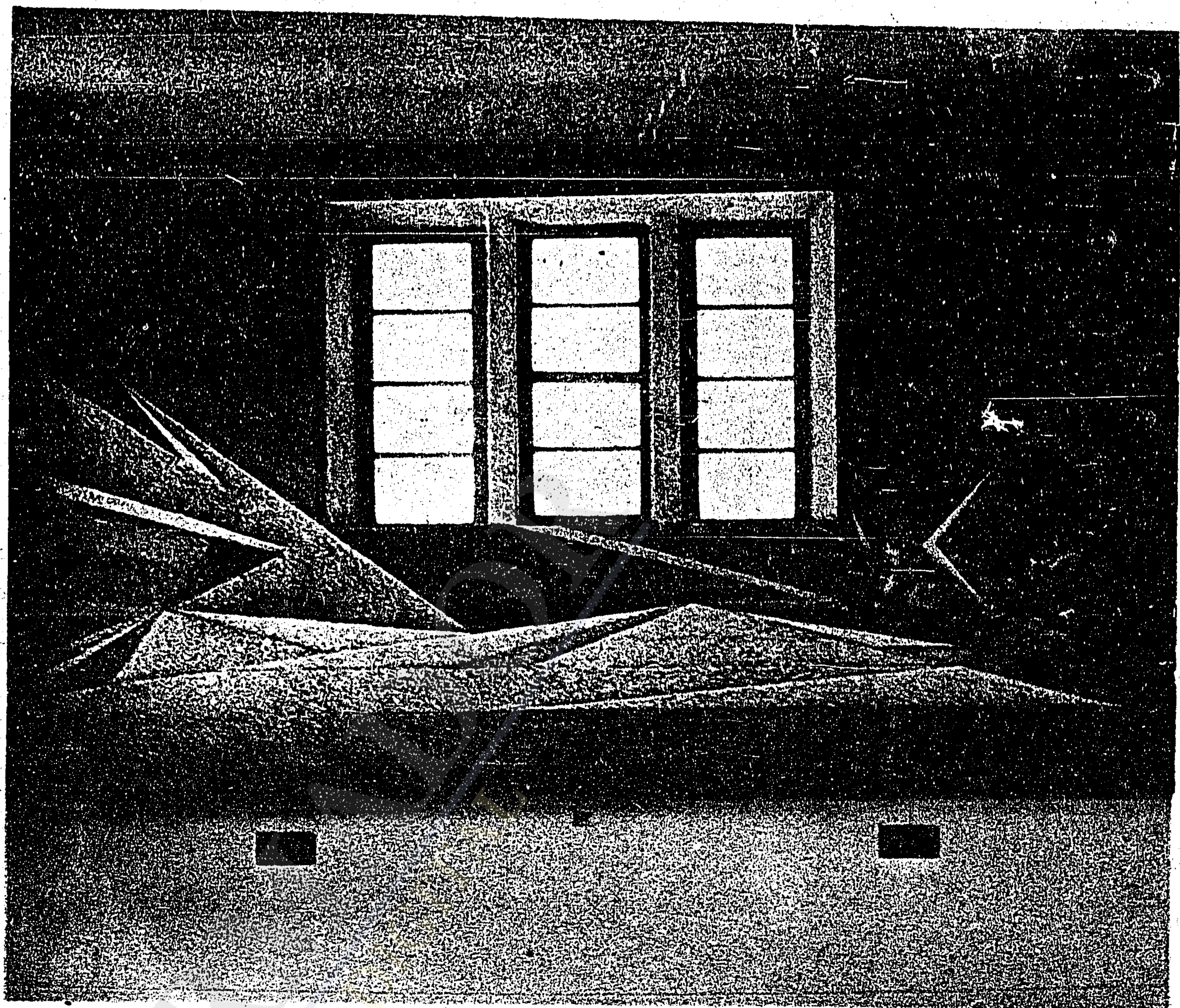
Dos años más tarde, Navarro participó de la exposición *Plástica Jalisciense (1668-1953)*, promovida por la Universidad de Guadalajara en la "Galería de Arte Contemporáneo", anexa al Museo Regional, en Liceo 92, Colaboraron el I.N.B.A. y el I.N.A.H. para el éxito de la muestra que incluyó, además de pinturas, esculturas de León Muñoz y Miguel Miramontes, por ejemplo; y fotografías de Lupercio, Ignacio Gómez Gallardo —"Smarth"—, Lola Alvarez Bravo y Juan Víctor Arauz.

En esa misma fecha—1953—, Navarro dejó el *Atelier Lutece*, principal nido de la bohemia artística de aquellos años, y se refugió en su primer taller particular, buscando paz para seguir creando. La encontró junto a los sepulcros románticos del Panteón de Santa Paula o Belén, justo en la Rotonda de los Hombres Ilustres situada bajo la capilla piramidal de Gómez Ibarra. Ahí duró dos años, inmerso en la temática de la muerte. Montó una exposición individual en la "Galería de Arte Contemporáneo", auspiciada por el Departamento Cultural del Gobierno del Estado, en el mes de agosto del 53. De su producción de entonces dijo Olivia Zúñiga, en *Novedades*, que en las tumbas de Navarro está "verdeciendo la vida. Invadiendo, renovando, con una nueva voz plena de sol, el mundo de los hombres en reposo".

Emmanuel Carballo lo consideró:

"Pintor silencioso. Sus mismos colores son apagados. Lo que expresa, comunicando, estableciendo contacto[...] son trozos de vida, instruidos por un hombre que tiene conciencia. Lo fúnebre, lo soleoso, son en él temas habituales[...] Más su desengaño no es la evasión del romántico[...] Jorge Navarro acepta la caducidad, su propia contingencia, con una sonrisa encapotada en que el humor linda y a veces se entremezcla con la ironía. Si se buscara la nota característica del arte y de la vida de Jorge Navarro, quizá ésta fuera el dolor irónico. ("Suplemento" de *El Occidental*, 7 de marzo de 1954).

Durante esta primera época de expresión patriótica, Navarro realizó un "magnífico óleo que representa a las



JORGE NAVARRO: "Cataclismo Universitario". Muro Poiniente de la Escuela Preparatoria de Jalisco de la Universidad de Guadalajara.

# Apuntes para la Historia de la Pintura en Jalisco (XXX)

almas del Purgatorio", destinado a la iglesia de uno de los "risueños pueblos de Michoacán", dijo Margarita Arriola Haro. El pueblecito es Apo y el óleo permanece ahí.

Más pronto que lentamente, el taller de la Rotonda subterránea se llenó de mirones, colegas, amigos y conocidos que lo convirtieron en centro de tertulias tan bohemias y desquiciantes como las del *atelier* de Ricardo Baeza, y Jorge Navarro tuvo que huir nuevamente: ahora montó su local de trabajo en el Edificio Padilla y, sin quitarlo, lo abandonó para irse al campo, poco después. Este hecho transformó su obra...

En 1957 montó una exposición individual que se tituló "Siete Paisajes", en el portal del Edificio Padilla. Era otro Jorge. Un Jorge nuevo. Atrás quedaron los temas fúnebres, para decepción de algunos críticos y admiradores, como Olivia Zúñiga, quien protestó, desencantada. Enfrente, quedaban las pinceladas transparentes, luminosas, vitales, de una segunda época pictórica que entusiasmó a Ignacio Martínez, y a muchos más. Este juzgó a Navarro "paisajista excepcional"; lo comparó con José María Velasco y con el Dr. Atl en "lo monumental y la audacia". Agregó Martínez que Navarro tenía el "regusto de la diafanidad de aquél —Velasco— y la riqueza tonal y la visión cósmica del Dr. Atl".

"No trae a los 'villamelones': deliberadamente ha tirado al cesto de la basura todo desplante y truco y va derecho por el camino de la estricta honradez hacia el mundo insondable del paisaje [logrando] lo que en la naturaleza es difícil desentrañar: emoción", concluyó Martínez.

Otra entusiasta de esta segunda faceta de Navarro, fue Lola Vidrio, quien comentó que:

"Jorge Navarro ha entrado en paso firme al mundo del movimiento constante, del cambio perenne de la luz y de la sombra, de la vibración del color y sus efectos transitorios.

[...]El sentimiento de Navarro es como un viento que penetra en la tierra, roza la superficie del agua, el lomo de los cerros y la punta del follaje[...] Cada color vibra, se liga a otros sin diluirse en ellos, con emoción y libertad. Navarro es por hoy el más serio paisajista de Jalisco..."

Su calidad paisajística le otorgó el Premio Jalisco de Pintura en 1958, y una bien merecida beca, promovida por José Rogelio Alvarez, para pintar en la costa del Pacífico, concretamente en Barra de Navidad. Después Alfonso de Alba Martín lo invitó a pintar en su nativo Lagos de Moreno, donde fundó y dirigió, en 1960, la Escuela de Artes y Oficios en la misma casa que habitara el sabio polígrafo Agustín Rivera y Sanromán, reconocida desde aquel entonces como monumento histórico. También se debió a la iniciativa de Navarro la creación de la "Galería Manuel González Serrano" en la misma villa señorial y centenaria.

Los paisajes del Valle de Atemajac viajaron a la ciudad de México y se exhibieron, en 1959, en la "Galería José María Velasco", del I.N.B.A. La Crítica capitalina la hizo Rafael Solana, quien entre otras cosas, afirmó:

"La transparencia del aire es un hallazgo de nuestros pintores. [J.N.] capta la amplitud de nuestros valles, la luminosidad de nuestra atmósfera, y esa transparencia del aire que es nuestro privilegio geográfico y artístico. En los cuadros de este paisajista, el azul del cielo da la hora y también da la temperatura; se buscaría en vano un dibujo más diáfano, una mayor cristalinidad o una luz más pura[...]

La profundidad y la distancia parecen una delicada reminiscencia de Canaletto y de Guardi[...] Navarro es pintor de amplio vuelo, de alas anchas, de mirada honda, que va lejos, pintor de sensibilidad muy mexicana... espíritu muy limpio, que al mismo tiempo emociona y serena con sus paisajes admirables y ejemplares..."

Salvador Echavarría, intérprete y crítico de Orozco, se sintió embelesado ante esta segunda etapa del artista tapatío, cuyos cuadros conoció en la exposición en la Casa de la Cultura Jalisciense, en 1960, exactamente en la "Galería Gerardo Suárez"; del autor afirmó el intelectual:

"Pinta con amor y conocimiento: a todas horas, bajo todas las luces, pero sobre todo al amanecer, cuando se levanta la niebla... Huye de las estridencias y fanfarrias del ocaso. Pinta la tierra de Jalisco, serena y callada, austera y suave, expresada con tonos apagados y discretos, con la escueta sobriedad que parece haberle infundido el polvo a modo de un esfumino."